



PREGON OFICIAL
FIESTAS
1984



A cargo de

*Juan Antonio
Gómez-Angulo Rodríguez*

Diputado del Grupo Popular en la Asamblea de Madrid

Excma. Corporación, Sr. Alcalde, Sras. y Sres., Amigos de Los Molinos:

Veinte años después de mi llegada por vez primera a este pueblo, la Comisión de Festejos del Ayuntamiento me hace el alto honor, que yo agradezco de corazón, de pregonar las fiestas del Santísimo Cristo de la Buena Muerte que suponen siempre el punto final a los veranos, queridos y entrañables veranos de Los Molinos unidos ya para siempre a nuestras vidas..., que representan con su llegada el paso de un año más, porque la vida también se mide por los veranos que acaban.

Hoy llega un molinero de adopción a pregonar las fiestas de Los Molinos.

Vengo de las tierras del Sur, mi lugar de origen al que nunca renunciaré y donde siempre termino por volver. Vengo de «allí donde los vientos no tienen emblemas móviles», como describió Aldous Huxley en un hermoso soneto, y «los pies corren libres a través de una tierra desnuda, cuyo seno recibe toda la ardiente vehemencia de un sol desolado». Vengo de la lejana y querida Almería. En Madrid, rompeolas de todas las españas, encontré como tantos otros españoles mi segunda patria chica, y en el seno de su provincia, constituida hoy en singular Comunidad Autónoma, al pie de este imponente macizo guarrameño, en este bello pueblo serrano he dejado mi corazón.

Conozco pueblos rutinarios y cansinos, donde la vida se desliza sin pena ni gloria, como un agua aburrada que no encuentra obstáculos en los que entretenerse, espumear, saltar y abrirse. Y conozco pueblos fervorosos, apasionados, agotadores donde la vida canta su irrepetible e interminable cántico. Conozco pueblos a los que sus moradores miran con ojos fríos y distantes. Y conozco pueblos seductores, como Los Molinos, cuyas gentes consideran un inapreciable privilegio haber nacido en ellos, habitarlos, sienten su atractivo y lo contagian a quienes les visitan. Aquí, como cualquier otro molinero, hemos visto pasar la infancia, transcurrir la adolescencia y desde la juventud que no renunciamos a perder, crecer a nuestros mayores.

Aquí he escuchado el moroso percutir de la lluvia en sus fríos y largos inviernos y el cálido rumor de los mediodías agosteños. He soñado en sus altas y estrelladas noches de verano frente a las siluetas inmóviles de la Peñota, Montón de Trigo, Siete Picos y la Maliciosa. He sentido su silencio. El hondo silencio «donde habita el olvido». Desde «El Cerrillo» familiar donde tantos recuerdos atesoro, a la estación del ferrocarril por donde los trenes hacia la Guadarrama pasan, desde el Puente Verde de las excursiones infantiles, a la gruta de la Virgen del Espino de mi fervorosa romería mariana. Aquí, en estos pasajes, hemos configurado nuestras vidas.

Por eso me enorgullezco de poder decir ¡soy molinero! aunque sólo sea, si lo apuntado hasta aquí no basta, porque como escribiera Lawrence Durrell en su inolvidable «Justine», «amamos a las ciudades en la medida en que amamos a quien en ellas habita».

Nosotros las jóvenes generaciones somos parte insustituible de nuestras fiestas. Ese caudal de gente joven que a través de la Sociedad de Mozos hacen posible año tras años que la tradición continúe y no muera la fiesta. Esta juventud de Los Molinos representa la juventud de España.

Nosotros como jóvenes sabemos, que todo lo que se resigna a sobrevivir, y todo lo que sólo a sobrevivir nace destinado, nos entristece porque es vivir lo que importa. Y vivir no es continuar viviendo nada más: es participar del misterio generoso de la vida, de sus enigmáticos vaivenes, de sus desvaluadas siembras y sus recolecciones. Es crear vida.

Porque si hay algo que nos distinga tajantemente a los jóvenes es nuestra capacidad de esperanza, esa certeza de que las horas más oscuras de la noche son las que preceden a los amaneceres, expresada hermosamente en la paráfrasis del oráculo de Isaías sobre Idumea:

—Centinela ¿qué viste en la noche?

—En la noche he visto llegar la mañana.

Y junto a la juventud, los festejos taurinos como espectáculo imprescindible de nuestras fiestas. En este Septiembre festivo es difícil encontrar un sólo pueblo en toda nuestra geografía y especialmente en el seno de nuestras Castillas, donde la fiesta no gire en torno a los toros. Porque en la fiesta de los toros se arraigan las más hondas raíces de la cultura popular de España.

En esta hora en que la cultura es la gran ubícua. Cuando todo el mundo proclama su eterno fervor en élla, su magnitud, su enraizamiento en el alma colectiva, su esencialidad de imprescindible oxígeno. Cuando se nos imponen modelos y pastiches estereotipados que nada tienen que ver con la tradición española, aquí en el corazón de Los Molinos, en esta hermosa plaza empalada, palpamos y sentimos la auténtica fiesta de España. Es posible que no observemos la profunda plástica de un ceñido trincherazo ni el cimbreo de la cintura del torero gitano en el embrujo del compás infinito de un natural perfecto. Pero el origen de nuestra fiesta está en plazas como ésta, porque aunque ahora se enseñe en distintas escuelas toda la técnica del toreo, convengamos en que el sentimiento, la hondura, la ins-

piración y el arte no se enseñan, están en la escuela de la vida, están en la esencia del pueblo.

Y como, preámbulo, y aperitivo, nuestros peculiares encierros, que son únicos en España por esa prudencial y señorial hora de comienzo que permite, con sobrado tiempo, dormir a pierna suelta la melopea de la noche anterior. Y la música. También la música como sostén fundamental de las fiestas.

De las terrazas y jardines de verano con sus pistas de baile descubiertas, finales de los cincuenta y primeros sesenta, de las que Los Molinos ha conocido algunas y famosas, imperios de los Cinco Latinos y el Dúo Dinámico, descendimos a la oscuridad refulgente de las discotecas, reinos de la minifalda, los ajustados blue-jeans y largos pañuelos de seda, donde hemos pasado más de una década al son de una vibrante melodía de Roy Orbison, por ejemplo. Ahora con los ochenta que la ropa se lleva más amplia y la arruga dicen que vuelve a ser bella, salimos de nuevo al aire libre de los discobares y chiringuitos de moda. Pero entonces, antes y ahora, llegadas las fiestas, el bullicio universal se agolpa frente al viejo entarimado de la plaza junto a orquestas, bandas, charangas y panderetas bajo el chumchum popular de congas, loles, raspas y jaliscos.

La música del pueblo que suena mientras la vida pasa y la canción continúa.

Antes de terminar no quisiera dejar de rendir homenaje, desde mi juventud, desde la juventud de Los Molinos, a nuestros mayores. Quizá vivan estos días la nostalgia de aquellos otros en que los protagonistas fueron ellos, y cuando mañana suene el estampido del cohete anunciador del comienzo del encierro, y nuestras calles se llenen de alborozo y corredores, discurrirán por sus pupilas escenas semejantes de años anteriores.

Antonio Gala escribió un día:

«No fue sólo para su familia para quien nuestros viejos trabajaron, sino para todos nosotros, que nos encontramos, al llegar, hecho por ellos el mundo al que llegamos. Y quizá este mundo heredado no nos guste mucho, pero quizá a nuestros hijos les guste menos el que van a heredar». Para mí define mejor a un ser humano —y a un pueblo entero— la forma de tratar a sus ancianos que la forma de tratar a sus niños. Porque es más fácil gozar con la esperanza, con el proyecto, con el camino de ida, con nuestra consecuencia, que con nuestro antecedente, con el ayer, con el des-

censo, con la monotonía. Ellos saben que «la vida está vivida y la canción cantada». Para ellos recuerdo los versos, tan amados, de Wordsworth: «Aunque ya nada pueda devolver la hora / del esplendor en la yerba, de la gloria en las flores / no os apeneis, porque siempre / perdurará la belleza en el recuerdo».

Es hora de que vaya callando el pregonero, para que se alce el telón del espectáculo, comience la fiesta y hasta aquí acudan todos los que desinhibidamente a divertirse vengan.

Quiero decirte Los Molinos que:

Amo tus fiestas, amo tu pueblo y amo a Los Molinos en fiestas. Amo la fraternidad y solidaridad de esta tregua en que la gente se mira y se sonríe y se saluda diciéndose Buenos Días y los días son buenos de verdad. El amor y el entusiasmo y el alborozo son los que construyen las ciudades, y cada uno es responsable de su trozo de pueblo y de la dicha que cabe en su trozo de pueblo.

Yo deseo, pueblo de Los Molinos, que se nos cuajen en espigas, los sueños y los afanes. Que se nos mantenga pura e intacta nuestra sierra del Guadarrama y que nuestras casas se abran a la luz y a sus vientos.

Que el Santísimo Cristo de la Buena Muerte, tu patrón, te mantenga la fe ileña y abra año tras año nuevos senderos de esperanza.

Y que cuando nos hallemos lejos de ti, Los Molinos, se nos convierta la lentitud en prisa, y se nos hagan leves y ágiles los pasos para el alborozo emocionado del retorno.

LOS MOLINOS, Septiembre 1984